

En el lado correcto de la historia



Rafael Simancas
Subdirector de TEMAS

La política global se encuentra ante una encrucijada histórica. Se trata de un cruce de caminos destinados al avance o el retroceso en términos de progreso civilizatorio. Ha ocurrido en otros momentos de la historia reciente, como la Gran Depresión de 1929 y el fin de la Segunda Guerra Mundial, o el golpe fascista de 1936 y la muerte del dictador en 1975, si hablamos de nuestro país.

La disyuntiva afecta a los fundamentos de las relaciones entre las naciones, que pueden basarse en el respeto al Derecho Internacional y las funciones de las organizaciones multilaterales, o pueden resolverse aplicando la ley del más fuerte.

La organización del espacio público puede regirse por el objetivo de garantizar los Derechos Humanos, o puede subordinarse al interés espurio de los más poderosos.

La democracia puede convertirse en la forma de gobierno prevalente, o pueden consolidarse los regímenes autocráticos, plutocráticos o teocráticos, según manden las mayorías, los autócratas, los más ricos o aquellos que se dicen representantes de la divinidad.

Las migraciones pueden considerarse un fenómeno consustancial al ser humano y gestionarse desde valores humanitarios, o pueden criminalizarse en nombre de la pureza nacional, étnica o racial.

Los avances tecnológicos pueden regularse para asegurar su vinculación con el interés general, o pueden dejarse en manos de los tecno oligarcas que solo buscan acumular dinero y poder.

La ciencia como base para las decisiones políticas sobre la preservación ambiental, o el

terraplanismo y los negacionismos del cambio climático para seguir engordando los beneficios de las petroleras.

La continuidad de la lucha feminista por la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, o la reacción patriarcal porque algunos varones entienden que se ha ido demasiado lejos y ya está bien.

La consolidación del Estado de Bienestar a partir de los valores de la Ilustración, la igualdad, la libertad, la solidaridad, o el avance de los valores individualistas y la competencia feroz del sálvese quien pueda.

Una encrucijada histórica

Todo esto es lo que está en juego en la encrucijada histórica del presente. Y toca decidir en qué lado de la historia situarse.

Parte de la actualidad apunta al camino más oscuro. Las guerras ilegales neoimperialistas, neocolonialistas, por puros intereses económicos, que siegan miles vidas humanas en Ucrania, en Irán, en Gaza, en Líbano, llevan a la Humanidad hacia el retroceso civilizatorio.

El avance de la Internacional Ultra que desprecia el Derecho Internacional, ignora a Naciones Unidas y sirve a la tecno-oligarquía plutocrática está promoviendo los valores más contrarios a la vigencia de los Derechos Humanos y la democracia de calidad en el mundo.

Pero también hay buenas noticias. Esa Internacional Ultra ha perdido en Hungría, y uno de sus líderes más conspicuos ha sido expulsado del poder mediante el voto de las mayorías. A la vez, se multiplican los pronunciamientos de líderes internacionales que

España y su Gobierno se han situado claramente en el lado correcto de la historia, en comunión con la gran mayoría de la sociedad española. Y este país y Pedro Sánchez se han convertido en un referente de progreso para el resto del mundo.

condenan la guerra ilegal de Irán: de Starmer y Macron a Meloni y hasta el Papa de Roma.

Además, el Presidente español y de la Internacional Socialista ha liderado un gran encuentro internacional de más de cien formaciones políticas progresistas en Barcelona: la Global Progressive Mobilisation, que ha llamado a una gran ofensiva global en favor de los principios de la razón, la democracia y la justicia social, frente a la Internacional Ultra de los retrocesos civilizatorios.

España y su Gobierno se han situado claramente en el lado correcto de la historia, en comunión con la gran mayoría de la sociedad española. Y este país y Pedro Sánchez se han convertido en un referente de progreso para el resto del mundo.

No es antisemitismo

En este contexto, la condena firme del Gobierno de España a la continuación del genocidio de Gaza en territorio libanés por parte del Gobierno israelí, ha sido respondida por Netanyahu y su entorno con acusaciones difamatorias de antisemitismo.

Según la Real Academia de la Lengua, antisemita es quien "muestra hostilidad o prejuicios contra los judíos, su cultura o su influencia". Pero denunciar el genocidio que perpetran a diario el primer ministro de Israel y su gobierno es algo bien distinto. Se trata de condenar la masacre deliberada, sistemática y contraria al derecho internacional que llevan a cabo estos personajes contra los pueblos vecinos.

Somos muchos quienes en España mostramos nuestra solidaridad con el pueblo judío, víctima de expulsiones y persecuciones terribles e injustas a lo largo de la historia. El Holocausto forma parte de los actos más deplorables y vergonzosos de la historia de la Humanidad.

Los atentados cometidos por grupos terroristas como Hamas contra la población israelí, financiados en algunos casos por gobiernos de otros países, como Irán, son absolutamente condenables. Y, desde luego, aún existe racismo y antisemitismo por erradicar en muchas partes del mundo.

También somos mayoría quienes mantenemos respeto por la historia, la cultura y la religión del pueblo judío. Es más, el pueblo israelí merece nuestra admiración por su capacidad para sobreponerse a las adversidades más dramáticas, para prosperar con eficacia en contextos muy duros, para generar y

exportar tecnologías eficientes, para dar ejemplo al mundo en su capacidad de esfuerzo y resiliencia. Y, desde luego también, hay que reconocer a Israel el derecho a defenderse de aquellos que han explicitado su intención de hacerle desaparecer como Estado.

Condenar el genocidio

Ahora bien, todo esto no es óbice para denunciar y condenar con toda contundencia el genocidio organizado y ejecutado por el gobierno radical de Netanyahu contra otras poblaciones en su entorno. El asesinato en masa de población civil en Gaza, los bombardeos sobre población civil en Irán, las masacres en el sur del Líbano y las agresiones permanentes en Cisjordania son episodios absolutamente intolerables.

Los objetivos, además, apenas se ocultan ya. Los gobernantes actuales de Israel reconocen abiertamente la voluntad de acabar con las poblaciones vecinas, reducir a escombros sus infraestructuras y viviendas, y devolverles así "a la Edad de Piedra". Solo el inefable aliado Trump se ha atrevido a verbalizar la intención abierta de las últimas acciones de Israel y Estados Unidos: "una civilización entera morirá". Esto solo puede llamarse de una manera: genocidio. Y la respuesta solo puede ser una también: la denuncia, la condena, el aislamiento internacional y las sanciones globales.

Resultan enormemente decepcionantes algunas reacciones a estas matanzas en la escena internacional. Trump respalda, justifica y colabora, como cabría esperar de semejante individuo y su administración ultraderechista. Otros las apoyan abiertamente, como Abascal y Ayuso en España. Y muchos otros callan, por indiferencia inmoral, por temor al castigo del poderoso lobby israelí o por interés de obtener su ayuda o financiación. Todos ellos acaban resultando cómplices.

La mayoría de los españoles, abascalistas y ayusistas aparte, nos sentimos orgullosos de la posición mantenida por el presidente Pedro Sánchez y su gobierno, claro y valiente en la condena del genocidio israelí y partidario de que la Unión Europea rompa sus acuerdos de amistad con el gobierno genocida. Orgullosos de estar en el lado correcto de la historia, una vez más. Y satisfechos por las diatribas y amenazas de matón que recibimos de Netanyahu.

Y esto no es antisemitismo. Esto es anti pura maldad. **TEMAS**